

Tratado de urbanismo

Manuel Campa

(A Arturo Terán)

Cuando, en 1967, publica Angel González los poemas de **Tratado de Urbanismo** parecía este título como una simple manifestación de la ironía llena de escepticismo del autor. Quién iba a decirnos que, casi cuarenta años después, el nombre de estos versos iba a constituir el centro de nuestras preocupaciones actuales. Sucede con frecuencia que los nombres puestos por los poetas quedan para siempre; probablemente, sólo saben nombrar bien el pueblo anónimo y los poetas. Poco a poco, se ha ido concienciando la opinión pública de que los monumentos históricos deben ser respetados, de que los yacimientos arqueológicos no deben destruirse, de que, en fin, no debemos degradar la naturaleza. Pero, en cambio, muy pocos se preocupan de hacia dónde van las ciudades. Hay, sin duda, una gran sensibilidad hacia los aspectos más aparentes, hacia la cosmética urbana. Pero, en cambio, sorprende la indiferencia generalizada hacia cualquier discusión sobre el modelo de crecimiento de una ciudad, si exceptuamos a los técnicos, a los políticos y a los constructores. Así, sucede que quienes se mostraron más entusiasmados en la inauguración de la losa ovetense de la estación del Norte, lanzando por los aires una bandeja con calamares, y tirando al suelo al camarero que la portaba, son, ahora, los mismos que protestan del incremento del tráfico en la zona y de los crecientes atascos que allí se forman. Más aun: son los mismos que, dentro de diez o quince años, lamentarán la inevitable carretera que destruirá las faldas del Naranco, como consecuencia de la insoportable densidad del tráfico que el crecimiento de la ciudad hacia dentro está generando en el entorno de la losa. Se repite una situación parecida ya dada en Gijón con gran anterioridad. Hace unos treinta años se construyeron las casas del muro de la playa de San Lorenzo, con un incremento tal de altura que, desde entonces, no entra el sol en todo el invierno en ese hermosísimo paseo. ¿Nadie avisó de la gravedad de las consecuencias? Sí, unos cuantos mozalbetes inexpertos desde la revista **Asturias Semanal**. Para qué recordar la conmiseración y la burla de que fueron objeto aquellos indocumentados. Preguntar entonces por el sol del paseo sonaba como la famosa anécdota –seguramente apócrifa– de Diógenes de Sínope, cuando pedía al gran Alejandro, solamente, que no le quitara el sol, que no le diera sombra. Sin embargo, ahora se valora muy negativamente lo sucedido con las casas de la avenida del muro de San Lorenzo, hasta el punto de que el llamado “Martillo de Capua“, considerado durante muchos años como un gran obstáculo para el desarrollo urbanístico de la ciudad, es, ahora, el modelo de las alturas que debieron de tomarse como referencia. Lo sucedido, hace treinta años, con el paseo del muro gijonés es un buen ejemplo de la historia habitual de los errores urbanísticos. Con el tiempo, los dineros de la especulación urbanística se gastan y se disipan entre mil herederos, pero queda la incomodidad para los ciudadanos, el sol que no llega al paseo del muro durante casi medio año, o los atascos crecientes en la zona de la estación del Norte. Los errores urbanísticos –especulación, en lenguaje paladino– son irreversibles, sus efectos molestos aumentan con los pasos de los años, y se cometen y realizan ante la indiferencia general de los ciudadanos. Por eso, no sabemos hacia dónde caminan las ciudades.